

EL "LIBELLUS DE MEDICINALIBUS
INDORUM HERBIS".
SU SIGNIFICACION *

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS

SIEMPRE he mantenido que el *Libellus de Medicinalibus indorum herbis* (mal llamado *Códice Badiano*) era el lazo de unión entre dos culturas médicas, a la vez que testimonio casi único y fidedigno de la fusión entre la medicina propia del pueblo mexicano con la traída por las carabelas y faluchos que arribaron a las costas del Golfo. Probablemente este *Códice*, que hoy reverenciamos y admiramos artística y documentalente, no fue en su tiempo una pieza única. Es muy probable que se escribieran otros varios de contenido más o menos similar y tal vez con la misma belleza. En la Historia de Tlaxcala, redactada por Muñoz Camargo se refieren a otro libro de plantas que fue enviado a Felipe II y que algún historiador trató de identificar con el "Libellus".

Por una paradoja, de las que tan llena se encuentra la historia de este códice, no fue escrito con fines médicos; no se trataba con él de divulgar conocimientos para ilustrar a otros estudiantes o como años después hiciera el lego Ximénez para uso de "todo género de gente que vive en estancias y pueblos do no hay médicos ni botica". No, el Libellus era un libro de ofrenda; su origen y gestación están en relación con una gran penuria económica y es muy de suponer que el padre Grado cuando mandó pintarlo y escribirlo trataba de mover la voluntad real hacia la concesión de una merced o de una dádiva. Su mismo autor indica en el prólogo que se escribía "para encomendar los indios a la Sagrada, Cesárea, Católica, Real Magestad".

Y efectivamente en aquel momento era necesario encomendar a los indios. Sobre todo a los indios letrados, a aquellos del Colegio de Santiago Tlaltelolco que habían recibido enseñanza europea desde los primeros días de la conquista y que sabían hablar el latín con elegancia y escribirlo con corrección. El colegio

* Trabajo de Sección (Historia de la Medicina) leído en la sesión ordinaria del 24 de julio de 1963.

estaba viniendo a menos. La epidemia de Cocoliztle de 1545, lo diremos con frase de Sahagún: "dio gran baque al colegio". Quedó desolado y vacío. El mismo Sahagún nos cuenta que en Tlaltelolco, antes de que él cayera enfermo, había enterrado más de 10,000 cadáveres. Había muerto el obispo Zumárraga; y para colmo de desgracias, la Real Hacienda dejó de entregar el millar de pesos que le tenía asignado al emperador.

No se piense que este abandono era voluntario. Hacia mediados de 1543 Carlos V abandona España para no volver nunca más a ella en calidad de rey. Queda Felipe, el príncipe de 16 años, al frente de la gobernación del reino. Mientras tanto Carlos V está nómada por el centro de Europa; sus problemas se acumulan; los enemigos le acosan por todas partes y los períodos de salud y optimismo se alternaban con aquellos en que la gota le atormentaba y la depresión espiritual le llevaba a pensar en recluirse en un monasterio.

Así llegamos al año de 1552, el más calamitoso de su vida y el de más interés para nuestra historia, pues en él se redacta y completa el libro que nos ocupa. Escapó vivo de milagro a una celada traidora, huyendo de noche y en litera a través de los Alpes cubiertos de nieve. Estaba derrotado y envejecido. La hacienda en franca bancarrota le obligaba a pedir dinero continuamente a España, donde a duras penas podían reunirlo y, en estas condiciones, cuando a veces su situación era tan crítica que peligraba hasta la vida, es comprensible que el emperador no tuviera tiempo de acordarse del colegio mexicano.

La clara alusión de Martín de la Cruz en la dedicatoria; el desusado lujo con que el ejemplar está elaborado, la cuidadosa confección de sus textos y dibujos, así como la encuadernación con cantos dorados y manezuelas que, aunque hoy perdidas, con seguridad fueron de plata, indica claramente que este ejemplar tenía una misión muy superior a la simple enumeración y recogida de recetas y métodos terapéuticos. Era un regalo para un rey, que debía de llegar ante los ojos del monarca para causarle asombro y mover su voluntad en beneficio del Colegio.

Es de suponer que el *Libellus* cumplió su cometido. Aunque el emperador Carlos no llegó a verlo, es muy probable que su mentor, Francisco de Mendoza, lo mostrara al entonces príncipe Felipe, muy afecto a los libros bellos, el cual por aquellas fechas hace un legado al colegio. Pero después de visto y admirado, su función se terminó. No era un libro destinado a enseñar medicina y pasó a los anaqueles de la biblioteca palaciega como una curiosidad más de las muchas que cada día llegaban de América. Esta falta de utilidad inmediata fue precisamente la causa de que se conservara hasta hoy de manera casi incólume. Era una preciosidad exótica y no un libro de estudio. Entonces, como ahora eran muchos lo que admiraban en él más la factura artística que el contenido terapéutico. Resultaba además de difícil aplicación. La mayor parte de las hierbas eran locales, imposibles de ser conseguidas en la Meseta castellana e, incluso, la forma de ser

administradas no siempre encajaba dentro de las reglas galénicas. De aquí que esto nos explique por qué no existe una sola referencia a esta obra en ningún libro médico o botánico de los siglos XVI al XIX.

Suprimo todo lo referente a sus poseedores reales o imaginarios durante esos tres siglos. Tampoco tiene objeto repetir lo que tantas veces se ha dicho sobre su hallazgo en el rincón olvidado de la Biblioteca Vaticana y sobre la repercusión histórica de su encuentro en el medio intelectual. Todo esto es bien sabido y está en los textos a disposición de cualquier interesado.

En cambio, sí quiero señalar algunos datos sobre sus autores y el propio manuscrito. No existe duda de quienes lo escribieron. Está compuesto por un médico indígena del Colegio de Tlaltelolco llamado Martín de la Cruz, a quien solamente enseñó la experiencia. Al final de la obra Juan Badiano, indio xochimilca, también del mismo colegio, se declara autor de la traducción latina. Esto es todo lo que sabemos de ellos. No hay datos para afirmar, como hacen algunos autores, que Martín de la Cruz fuera también xochimilca y menos que naciera en el pueblo de Santa María Nativitas. Tampoco se puede asegurar que ambos asistiesen a la escuela del convento de Xochimilco y que Fray Martín de Valencia asombrado por su capacidad e inteligencia lo enviara a estudiar a Tlaltelolco con Bernardino de Sahagún, y menos aún se pueden fijar sus nacimientos, como aparece en algún libro, entre 1520 y 1525. Todo esto es fantasía y creemos que hay muchos errores en esos datos que se están propalando, sin base documental alguna, de manera alarmante entre los dedicados a la historia.

Para nosotros Martín de la Cruz era un médico viejo que había aprendido, probablemente, su oficio en época anterior a la Conquista, pues cuando se le encarga el trabajo es ya hombre experimentado. No era latino, ni tal vez conocía el español lo suficiente para poder expresarse correctamente y menos escribirlo. De aquí que no sea demasiado aventurado suponer que el original fue escrito en náhuatl. Probablemente dictado, de manera similar a como fueron redactados para Sahagún los textos de sus informantes. En su obra se titula médico del Colegio, lo cual no implica, ni tampoco excluye, que formara parte del cuerpo docente del mismo, pero nos inclinamos a pensar que pudiera estar encargado del cuidado de los indígenas enfermos y que colaborase con los frailes en la asistencia de los mismos. Aunque no debemos olvidar que a raíz de las epidemias, principalmente de la de 1545, donde quedó patente la escasez de médicos, se crearon en el colegio cursos de medicina popular y no sería difícil que Martín de la Cruz impartiera enseñanzas en alguno de ellos. Pero insistimos en que todo es pura especulación imaginativa.

Respecto a Juan Badiano, sin que sepamos el origen de la afirmación, asignan su nacimiento en el actual Barrio de la Santísima Trinidad de Xochimilco. Su situación en el Colegio está perfectamente determinada cuando nos dice que era *Colegii praelector*, o sea lector del colegio. Pero, sin embargo, en ningún mo-

mento dice que fuera *lector de latín* y mucho menos que se le encomendara "la Cátedra de Latín".

Por nuestra parte consideramos que Juan Badiano debía de ser relativamente joven cuando se encarga de traducir el libro, tenía que haber sido alumno del Colegio de Tlalotelco, única institución que en aquel momento enseñaba materias humanísticas a los indígenas. Sabemos por documentos auténticos que los niños eran admitidos al colegio entre ocho y doce años. De aquí que aunque Badiano formara parte del primer grupo admitido en 1536 y fuera de los mayores en edad no pasaría de veintiocho años en 1552. Es de suponer que tenía un origen noble o aristocrático, pues el colegio se instituyó precisamente para instrucción de los hijos de la nobleza indígena. Claro está que este origen aristocrático no permite representarlo como hacen algunos autores con el atuendo y los atributos del rey Nezahualpilli, copiando la imagen de este rey que aparece en un manuscrito del historiador Ixtlixochitl conservado en la Biblioteca Nacional.

Los investigadores han especulado mucho sobre la posible relación entre los autores del *Libellus* y Fray Bernardino de Sahagún. Como siempre no tenemos un solo dato documental auténtico. Sin embargo, no es remoto establecer relación entre ellos sin que esto permita suponer ninguna influencia del franciscano en el trabajo de los indígenas. Juan Badiano por haber sido, con seguridad discípulo de los primeros cursos del colegio, tuvo que recibir las enseñanzas de Sahagún, el cual actuó desde su fundación como maestro en "todas las materias de latinidad."

Relacionando la cronología de Fray Bernardino con los pocos datos conocidos de la gestación del *Libellus* encontramos que, precisamente, el manuscrito de Martín de la Cruz se redacta durante los años que el franciscano permanece alejado de Tlalotelco. Suponemos que conoció a Juan Badiano e incluso es de admitir que fue su maestro, pero no podemos establecer relación directa entre la traducción del indígena y Sahagún.

Respecto a sus relaciones con Martín de la Cruz y la extrañeza que causa a muchos autores la ausencia de su nombre en la relación de médicos indígenas que incluye Sahagún en su *Historia*, no haría mas que confirmar lo que nosotros siempre hemos sospechado. Martín de la Cruz en 1552 era ya un hombre de avanzada edad, muy experimentado, razón por la que fue elegido para escribir el *Libellus*, y probablemente había muerto para cuando diez años después, Sahagún busca informantes en la materia.

Aclarados estos puntos que pudiéramos llamar locales, consideramos imprescindible establecer el lugar que este manuscrito único tiene en la medicina universal y lo que representa dentro de la historia médica. Sólo trataremos de esbozar nuestras ideas sobre estos temas que son motivo de un trabajo más extenso en preparación. Pero para situarnos y comprenderlo debidamente debemos recordar que el *herbario*, o sea la colección de imágenes y descripciones de plantas reuni-

das con fines medicamentosos es un acompañante casi infalible de todas las medicinas primitivas cuando salen del total empirismo y empiezan a tener estructura filosófica. Los libros de plantas deben de estar considerados entre los más antiguos libros médicos y aparecen en todas las latitudes y en todas las civilizaciones.

Más de 250 vegetales contiene el "Herbario asirio" reconstruido por Thompson con las tablillas cuneiformes de arcilla que descubrió en los restos de la que fuera biblioteca de Ashurbanipal. Los chinos suponen que su famoso herbario, cuya edad se calcula en unos 2800 años antes de Cristo, fue escrito por Shen Nung y en él se recogen 340 plantas curativas. Se conocen manuscritos griegos dedicados a plantas de la época de su mayor esplendor, como el libro noveno de la obra de Theophrastos escrito aproximadamente tres siglos antes de Cristo; y se considera que con Dioscorides se llega a lo que pudiéramos llamar el *summun* de los herbarios, del cual nos han quedado dos maravillosos ejemplares, aunque algo posteriores: el *Codex Constatinopolitano*, obra personal de Julia Anicia, la hija del Emperador Flavius Anicius Olybrius, que se conserva en Viena, y el llamado *Códice Napolitano*, de fecha próxima y de extraordinaria belleza.

Los árabes también recogen entre otras tradiciones médicas la del herbario, y los herbarios árabes fuertemente inspirados en Dioscorides, pero con elementos propios, se producen durante toda la Edad Media de manera simultánea a aquellos otros que los monjes cristianos elaboraban en sus recintos conventuales. Algunos han llegado a ser clásicos, como el del siglo x que se conserva en la Biblioteca Nacional de París y el de Ibnu al Baytar, árabe español, malagueño, del siglo xiii que además de traducir 1,400 plantas de Dioscorides añade 300 más propias.

Los herbarios cristianos son más conocidos, circulaban como libros populares fuera del medio médico. Para muestra bastará presentar una página del conservado en la Biblioteca de Leyden, escrito en el siglo vii, y otra del atribuido a Antonio Musa fechado en el siglo viii. Los ejemplos podrían continuarse, pero no hay espacio. Naturalmente al descubrirse la imprenta los herbarios, muy solicitados por el vulgo, fueron de los primeros libros que recibieron atención por parte de los impresores. El primero sin figuras es de 1477. Ya en 1484 se había impreso con ilustraciones el *Herbario Maguntinus* que es seguido por el *Herbario* de Petri en 1485 y para antes del final del siglo existen más de veinte ediciones distintas de diferentes *Hortus sanitatis*, *Le Gran Herbiere*, *Das Buch der Natur*, *Arbolayre*, etc. En esta situación llega el Renacimiento y el descubrimiento de América.

Resulta, por tanto, natural que los frailes españoles que para mediados del siglo xvi quieren escribir un libro de medicina, recogiendo los métodos indígenas y virtudes curativas de las plantas mexicanas, tomen como modelo lo que para ellos era más conocido y al estructurar su libro lo hacen según el patrón clásico

de los *Hortulis*. Esto no desvirtúa ni un punto el valor del manuscrito mexicano, sino todo lo contrario, sirve para incorporarlo dándole su lugar dentro del movimiento médico universal. Podríamos decir sin exageración que el *Libellus* es probablemente el último gran herbario medieval que se escribe y con el cual se cierra una larga tradición secular de este tipo de obras, pues al mediar el siglo xvi, cuando se empiezan a producir los grandes libros de medicina con estructura moderna, los *Hortulis* desaparecen para convertirse en las manos de Fusch, Mattioli, L'Ecluse, Tragus, etc, en verdaderos tratados de botánica.

Tiene este herbario mexicano varias cosas extraordinarias y únicas. De un lado las ilustraciones netamente indígenas conservadas en la pureza representativa del arte precortesiano que en muchos casos resultan similares a las representaciones de plantas que se encuentran en frescos muy anteriores a la Conquista como son los de Teotihuacán. Plantas representadas casi siempre sobre los glifos que indican sus características de localización y medio de vida. Y aunque la existencia de glifos no es privativa de los dibujos aztecas, pues ya aparecen en otros herbarios como alguno italiano del siglo x, en las mandragoras nunca lo hacen con la profusión de los mexicanos y estos europeos tienen más sentido mágico que demostrativo.

Otra de las características únicas es la calidad de los elementos terapéuticos empleados, completamente ajenos, en su mayor parte, al contenido de los herbarios europeos si bien como ocurre en la mayor parte de los herbarios medievales pierden su pureza botánica primitiva y junto con las plantas aparecen utilizados animales, piedras preciosas e incluso elementos escatológicos. Desgraciadamente no tenemos en este momento oportunidad para analizar el contenido médico de este manuscrito constituido por recetas empíricas con un enorme contenido mágico, pero para cuya confección se emplean elementos vegetales que en muchas ocasiones han demostrado en estudios modernos valor farmacológico efectivo.